

EL PODER MEDIÁTICO EN LA INVENCIÓN DE AMÉRICA DEL NORTE

Introducción

La iniciativa de crear una región administrativa, económica y militar en América del Norte ha seguido distintos procesos que tienen sus principales antecedentes en la expansión de las antiguas colonias británicas a lo largo y ancho del territorio que hoy conocemos como Estados Unidos, y se desarrolló principalmente durante el siglo XIX. Como bien sabemos, esa expansión colonial incluyó la captura militar de territorios que antes administraba la corona española y que con la independencia de México quedaron en el limbo administrativo y la indefensión militar.

En épocas recientes, los avances expansionistas se manifestaron durante los años ochenta del siglo pasado, cuando Ronald Reagan, en 1980, desde su campaña presidencial estableció la hoja de ruta para garantizar la seguridad energética de las corporaciones establecidas en Estados Unidos. Con esta finalidad es que, desde entonces, se han desarrollado diversos mecanismos, como el incremento de las interacciones comerciales y el desmantelamiento y relocalización de varias industrias y actividades económicas en los tres países. Para lograr esto se establecieron acuerdos comerciales, energéticos y militares que promovieran e incrementaran el tráfico de recursos y mercancías, a la vez que se criminalizó a los flujos migratorios que tales políticas previsiblemente traerían consigo. De esta manera, la cúpula política y los llamados poderes fácticos de los tres países buscan asegurarse el control energético, militar, político, económico, mediático e ideológico de los territorios y poblaciones de esta inmensa parte del mundo.

En estas dinámicas globales hemos visto a los grupos hegemónicos organizar y reorganizar el mundo. Una de las herencias de las grandes guerras del siglo XX fue la construcción de dos grandes bloques mundiales que se

disputaron el control territorial y poblacional del planeta entero. La novedad fue que los grupos hegemónicos europeos que habían conquistado, explotado y administrado el mundo en su propio beneficio terminaron de perder el control de sus colonias. Por primera vez en varios siglos, los ganadores se repartieron el control de Europa y dividieron ese continente y el mundo en dos grandes bloques. Con la caída del sistema soviético, Europa pudo constituirse como un bloque económico regional para poder competir con otros países que también rápidamente se conformaron en bloques regionales. De manera vertiginosa, en los últimos veinticinco años vimos que gobiernos de países contiguos firmaron acuerdos comerciales para abaratar los costos de sus transacciones. Europa, América del Norte, el sudeste asiático, y más tarde también Sudamérica, Centroamérica, África y los países del Pacífico sur y de Asia central. Es difícil imaginar a un país que actualmente no pertenezca también a varios bloques comerciales regionales.

Y no se trata sólo de bloques para países con fronteras comunes desde finales del siglo pasado; principalmente en la última década, los países efectúan acuerdos más especializados con socios comerciales y/o con países cuyas élites tienen intereses estratégicos comunes, aunque sus fronteras no sean contiguas. Así fue como Jim O'Neil (2001) identificó y bautizó al grupo de países BRICS (siglas de Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, este último incorporado más recientemente a ese conjunto de economías emergentes). Éste es el futuro, nos dicen ahora los administradores legitimados por sus respectivos aparatos electorales mercantilizados. Así, en la conmemoración de los veinte años del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en febrero de 2014, los administradores regionales en turno nos informaron con gran júbilo que se habían puesto de acuerdo para combatir la inseguridad y "otras nuevas amenazas a la región", además de apuntalar el Acuerdo de Asociación Transpacífico (Trans-Pacific Partnership, TPP) que busca crear un acuerdo de cooperación comercial y militar que cubra el océano Pacífico y sus costas en Asia y América, y que incluye a doce países (Australia, Brunei Darussalam, Canadá, Chile, Estados Unidos, Japón, Malasia, México, Nueva Zelanda, Perú, Singapur y Vietnam) (SICE, 2016).

A pesar de la aparente oposición de Donald Trump al TPP, éste podría significar la expansión del perímetro de seguridad de Estados Unidos que tanto preocupa a quien ha sido ampliamente señalado como el principal geoestratega al servicio de ese gobierno desde Carter hasta Obama, Zbigniew

Brzezinski. Él ha hecho públicas sus ideas con el libro traducido al español como *El nuevo orden mundial* (1997), entre otros textos. La expansión de este perímetro implica dirigirse hacia el Pacífico para ir cercando a China militar y comercialmente por medio del TPP, y el fortalecimiento y ampliación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) hacia el este en Ucrania, además de que apoya los instintos expansionistas y colonialistas de Israel y provoca de manera cada vez más hostil a Rusia.

El TPP podría, además, arropar los intereses de los cinco países que conforman la anglósfera (Estados Unidos, Reino Unido, Canadá, Australia y Nueva Zelanda), aliados clave en la conformación de la NSA como un sistema de espionaje y control poblacional a nivel mundial, cuyos vehículos son Microsoft, Yahoo!, Google, Facebook, Paltalk, AOL, Skype, YouTube y Apple (Greenwald, 2014). Prácticamente los únicos países protagonistas que todavía resisten este caballo de Troya son Rusia, China y Brasil, además de algunos países en América Latina como Cuba, Venezuela, Ecuador y Bolivia, y en otras latitudes Corea del Norte e Irán. Ahora bien, al igual que los procesos de globalización mencionados, estas tendencias son extremadamente complejas e incluyen contradicciones, tensiones y riesgos cada vez mayores en su interior. Por ejemplo, desde 2014 el entonces primer ministro ruso Dmitri Medvédev había alertado con respecto a que los sistemas comerciales del mundo se estaban desmantelando (*Russia Today*, 2014a), al parecer en referencia a la separación de la Reserva Federal y el Tesoro de Estados Unidos (Collins, 2014). Así que es posible inferir que, junto con los procesos de integración comercial y militar, y la guerra abierta por los recursos energéticos, hay también una reestructuración del sistema financiero mundial.

A partir de 2016, los procesos de globalización parecen estar llegando a un punto de ruptura. Los triunfos del Brexit y de Donald Trump en ese año fueron vistos en los medios como acontecimientos que podrían marcar el fin de las tendencias que conocimos durante las décadas anteriores. En Estados Unidos, con el inicio de la presidencia de Donald Trump pareciera que el poder duro se impondrá como el estilo para cualquier negociación y los temores de una guerra abierta a escala planetaria arreciaron en 2017. Estas dinámicas se están dando a escala global, pero para poder ver esto más a detalle, estudiemos el caso de la región a la que hemos sido anexados en estas dos últimas décadas.

La invención de Norteamérica

La actual fase del capitalismo se nos presenta como un proceso inexpugnable de nuestro tiempo, como una realidad inminente en donde la hegemonía mundial impregna todos los espacios geográficos, sociales, culturales e ideológicos (Flores Olea y Mariña, 1999). El contexto mundial pareciera un conjunto de fuerzas de nivel macro que necesariamente implican una globalización financiera desregulada, la mercantilización de procesos electorales para ocultar la falta de democracia que impera cuando las reglas son impuestas por organismos supranacionales no electos, los procesos intercontinentales de industrialización y consumo, el incremento de los volúmenes de intercambio comercial, y el aumento de la inseguridad y los riesgos en todos los ámbitos y niveles (Chirico, 2014).

Este contexto se despliega como inevitable y parecería que el mandato planetario es que debemos resignarnos a este desastre totalizador, pues nada ni nadie tiene el poder de detenerlo: tierras arrasadas, países enteros arruinados, formas de producción a nivel comunitario desmanteladas o en proceso de serlo, formas de vida y culturas condenadas a la extinción si no pueden incorporarse a la lógica del mercado, la proliferación de guerras civiles, la ilegalización de millones de seres humanos, y un largo etcétera de desastres “naturales” provocados por todos y por nadie. El contexto se despersonaliza, es irresponsable y nosotros somos sus víctimas; lo más que podemos hacer es aceptar nuestra vulnerabilidad y mostrar resiliencia ante lo ineludible.

EL PAPEL DEL SISTEMA MEDIÁTICO EN LA TRANSFORMACIÓN DEL SISTEMA-MUNDO

Es de sobra conocido el diagnóstico de que el contexto internacional es un campo de estudio complejo, multivariable, multidimensional y heterogéneo; lo han dicho incluso los más férreos defensores del capitalismo global como George Soros (1998). Ya Immanuel Wallerstein (1996) alertó casi al comienzo de la fase actual del capitalismo que el sistema mundial iba a reconfigurarse durante nuestras vidas y que, conforme avanzara la transición a un nuevo sistema-mundo, la violencia iba a incrementarse en todos los órdenes; la doctrina liberal no podría sostenerse en el largo plazo con su pobre seducción del mercado y la estigmatización e ilegalización de los pobres y los extranjeros.

El mismo Wallerstein (1974, 1996, 2004) utiliza la noción sistema-mundo para referirse a una división del trabajo a escala planetaria. Él propuso el sistema-mundo como una unidad de análisis fundamental, para entender mejor el orden y los cambios sociales en su totalidad. Desde esta perspectiva, se busca promover el estudio interdisciplinario y multidimensional de los problemas sociales sin subordinarlos de entrada a una forma de organización o modo de producción, ni a alguna difusa entidad de identidad territorial (como el Estado-nación), o a algún aspecto específico de la vida social, como los relacionados con la economía o cualquier otra actividad humana. En los estudios de Wallerstein, los procesos de globalización financiera y económica no son necesariamente incompatibles con el Estado de bienestar imperante en las economías liberales antes del colapso del Estado de los soviets; al plantearse de este modo —liberal y conservador a la vez— en las décadas recientes, la fase actual del capitalismo sella su propia insustentabilidad.

Así, conforme nos adentramos al siglo XXI nos vamos viendo obligados a superar el viejo debate en el que, por un lado, nos planteábamos que algunos actores mediáticos operan como una extensión propagandística de algún actor del sistema político y, por el otro, como actores emancipadores propios de los liberalismos políticos y económicos. Ahora sabemos que son las dos cosas: propagandistas y emancipadores, a veces incluso simultáneamente. Con métodos arcaicos o novedosos, y con una clara agenda establecida por sus dueños producto de negociaciones interminables y multidimensionales, son los grandes opresores y los paladines de la libertad; se parecen a lo que Orwell anticipó, pero también a lo que Huxley vio. Son un Frankenstein, hijo de Göebbels y MacLuhan. Ayudan a distraerse y a enfocarse, a informarse y a desinformarse, a apuntalar un gobierno o a tirarlo, casi independientemente de sus características.

Aclarado lo anterior, podemos ya afirmar sin confundir la polisemia de los términos que el sistema de medios de comunicación no presencial opera en el sistema-mundo contemporáneo, tanto en las dinámicas que permanecen, como en las que se están transformando; y con lo anterior no sólo me refiero a que estén cambiando de manos, sino a que incluso estén cambiando su forma de operar, para poder plantearse los retos de control poblacional y territorial presentes y futuros. ¿Qué implicaciones geopolíticas podría tener el funcionamiento de este sistema en la actual transformación del sistema-mundo?

Los sistemas políticos, cuyos problemas son de acceso a y mantenimiento del poder, han interactuado con los sistemas mediáticos desde los inicios de las comunicaciones no presenciales. El campo al que parecían estar circunscritos “naturalmente” los actores de los sistemas políticos cuando interactuaban con el sistema mediático es el que hemos llamado campo programático de lo que acontece. Los políticos son actores clave de este ámbito, en donde resulta de gran importancia tener una presencia coherente con su perfil político y por ello buscan que sus actos puedan ser amplificados u ocultados dentro de los esquemas propios de este campo. Su agenda mediática la dictan según su propia conveniencia en la medida de lo posible, a sabiendas de que sus aliados-adversarios políticos están compitiendo todos por su capacidad de influencia en la expansión del poder de su sistema. Los actores políticos pugnan por apuntalar sus posiciones mediante la vía de ir tomando decisiones prácticas que fortalezcan o debiliten a otros actores conforme a sus intereses, basados en la información con la que cuentan.

Específicamente en su interacción con el sistema mediático, los actores del sistema político procuran que los demás actores del campo programático de lo que acontece les brinden una presencia directa al amplificar su presencia en los noticieros, e indirectamente al discutir favorablemente sus propuestas en espacios de opinión y discusión política. No están circunscritos exclusivamente al campo programático de lo que acontece, sino que incursionaron también en el campo de lo que vende a través de la publicidad, los *spots* y las inserciones pagadas dentro de espacios específicos. En los sistemas políticos electorales, la presencia de los actores políticos en la publicidad seguramente es tan importante como en los noticieros y los programas de opinión. Esta interacción sistémica no se reduce a la publicitación de una imagen pública, a la propagación de eslogans, a la difusión de un supuesto ideario político o a la promoción de promesas electoreras. Además de esas labores, la interacción con el campo programático de lo que vende produce intercambios comerciales, pagos por los espacios publicitarios e inversiones recíprocas en donde los actores del sistema de medios, desde reporteros hasta corporativos mediáticos, muestran su vinculación con ciertos personajes y dinámicas del sistema político, con lo que definen sus posiciones y esferas de influencia al interior de ambos sistemas.

Ya más recientemente, los actores políticos comenzaron a incursionar en el campo programático de lo que conecta. Obama pudo haber llegado a

la Presidencia de Estados Unidos, entre otras cosas, gracias a un manejo de las redes sociales mucho más eficiente que el que usaron sus adversarios políticos en las elecciones de 2008 y 2012. Aunque de reciente creación, este campo programático ha probado ser muy importante para “humanizar” a los candidatos y acercar a los actores del sistema político de los tres poderes republicanos (Ejecutivo, Legislativo y Judicial) a sus respectivas zonas de influencia, y a que la sociedad los ubique ideológica y socialmente.

Tal parece que el único campo que quedaba por explotar al máximo era el de entretener; sin embargo, algunos pioneros como Silvio Berlusconi o Abdalá Bucaram fueron abriendo el camino para los políticos-payaso, en el que se podría inscribir Donald Trump.

¿Globalización o desglobalización?

Cabe señalar que Alfredo Jalife-Rahme (2007) ha argumentado que el proceso de globalización actual, si no se conduce de mejor manera, incorporando valores humanistas, ciudadanos, de bienestar social y de sustentabilidad ambiental, desembocará necesariamente en procesos de desglobalización. También, por otro lado, Nassim Nicholas Taleb ha explicado que son muchas las cosas que se benefician del desorden imperante; que personas y corporaciones están propiciando este caos para obtener ventajas de él, y culmina su argumentación explicando que es necesario y urgente que “los esclavos tomen el control”, apelando a razones éticas y de supervivencia de la especie (Taleb, 2012: 505). En sintonía con lo anterior, exponentes de la teoría crítica latinoamericana como Pablo González Casanova (2004) no se han cansado de repetir que lo que nos ha metido en este embrollo no es lo que nos va a sacar de él.

Hay varias explicaciones sobre cómo se ha dado este proceso y sus viscosidades. Con las hostilidades discursivas de Donald Trump y sus seguidores, se ha especulado que el 45º presidente de Estados Unidos está en contra del TLCAN, pero nunca quedó claro en el transcurso de los primeros cien días de su gobierno qué tanto se trataba de una estrategia mediática y qué tanto buscaba renegociar el tratado ni con qué fines. Es decir, no se supo realmente si el discurso mediático se emitía para lograr un mayor proteccionismo por parte de Estados Unidos, o para una integración económica más profunda en el marco de este escenario.

¿HACIA UNA MAYOR INTEGRACIÓN?

Esta perspectiva, promovida desde hace un cuarto de siglo por *lobbies* de gran influencia continental, como el Council for Foreign Relations (CFR), que ha patrocinado una Independent Task Force for North America y que encuentra su equivalente en nuestro país en el Consejo Mexicano de Asuntos Internacionales (Comexi), tienen como pronunciamiento central la creación de una “comunidad norteamericana” similar a los antecedentes de la comunidad europea, con el objetivo de crear una Unión Norteamericana (North American Union, NAU). Para ejemplificar este enfoque recurriré a uno de los mayores entusiastas de una mayor integración regional: el recientemente fallecido Robert Pastor (no tuvimos vínculo personal alguno, sólo el mismo apellido). En su libro *The North American Idea* (2011), expuso que los primeros siete años del TLCAN sólo trajeron bondades a los tres países de la región, basado en el argumento de que el comercio se triplicó y la inversión extranjera se quintuplicó durante ese periodo. Después de los sucesos del 11 de septiembre de 2001, la integración tuvo una recaída debido principalmente a los controles fronterizos y a la militarización de la frontera. Pastor lamentó que la cortedad de miras de los gobiernos de los tres países en la última década haya facilitado las cosas a China y diagnosticó que para un reposicionamiento favorable de la región en el mapa estratégico global es necesario profundizar los alcances del TLCAN. Con miras a lograrlo, Pastor propuso una mayor interdependencia entre los tres países mediante la creación de políticas continentales para atacar problemas nacionales, comenzando por un fondo con el cual se creara una infraestructura continental común, implementar mecanismos más eficientes que regularan y legalizaran la migración sin criminalizarla y hacer más eficientes los pasos fronterizos. En otros espacios, Pastor también defendió y aseguró que existe un proyecto a largo plazo para una moneda común norteamericana (el “amero”).

Tal vez no a la velocidad que quisieran estos influyentes tanques de pensamiento, pero en materia de seguridad, energía y telecomunicaciones, la integración de la región parece ser inexorable. Al respecto, ha habido incluso algunos “deslices” como el de Vicente Fox, quien confesó a Larry King que el “amero” era un proyecto en marcha (CNN, 2007); o más recientemente, el de la senadora por California Dianne Feinstein, que incluyó a México y a Canadá en un mapa para referirse a las políticas de seguridad de la patria (*homeland*

security) (*Huffington Post*, 2013), los indicios de subordinación en la toma de decisiones estratégicas del gobierno mexicano (*La Jornada*, 2013b), o las afirmaciones por parte de Greenwald y Snowden acerca de que el espionaje de la NSA tienen que ver con el interés por el petróleo y el gas mexicanos (CNN, 2013).

Así, las llamadas reformas estructurales hechas “para mover a México” se presentan como la panacea para los problemas que afectan a la población de esta región, y particularmente en nuestro país. Como un botón de muestra, el presidente de México Enrique Peña Nieto dijo el 29 de julio de 2014 en California que sus reformas “tendrán efectos positivos en la competitividad del país y de América del Norte” (*La Jornada*, 2014), y la publicidad oficial se llena la boca de las grandes bondades que estas reformas traerán. Mientras, en Estados Unidos la militarización de la frontera se hace más intensiva y profunda; la propuesta de un muro aún más inexpugnable podría estar previendo las catastróficas consecuencias económicas y ecológicas que podrían acarrear estas medidas en nuestro país, lo que probablemente vuelva a intensificar el éxodo de personas hacia el norte.

Las tendencias de integración regional ya mencionadas han sido vistas por algunos intelectuales mexicanos y latinoamericanos como las versiones actualizadas de la expansión colonialista de Estados Unidos. Estos autores buscan explicar la integración regional como un proceso imperialista al que se debe resistir debido a sus consecuencias catastróficas para la población de los países que en esta lógica sólo podrían ser explotados, despojados o arrasados. Para ejemplificar esta teoría me referiré brevemente al texto de culto de Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina* (1971). En este libro, Galeano expone dos mecanismos de colonización y saqueo: en la primera parte, explica los procesos mediante los cuales la explotación de los recursos naturales promueve el incremento de la riqueza de los inversionistas —primero europeos y luego también estadounidenses— y, a la vez, reproducen y hacen crónica la pobreza de las poblaciones donde la explotación de esos recursos se realiza. En la segunda parte, Galeano expone algunos de los procesos propios de su tiempo a través de los cuales se llevaban a cabo la intervención por parte de esos países en esta región, y la aparente contradicción de imponer ciertas políticas de apertura comercial a los países latinoamericanos, pero a la vez promover estrategias de proteccionismo en sus propias fronteras.

Aunque los mecanismos de intervención y las estrategias proteccionistas han cambiado mucho en los últimos cuarenta años, la esencia de los procesos

de explotación y pillaje explicados por Galeano nos ayudan a comprender mejor cómo ocurre que, a pesar de que la economía mexicana, por ejemplo, se haya duplicado durante los últimos quince años, los índices de pobreza siguen a la alza, y los de desigualdad crecen exponencialmente (cálculo personal basado en datos de *indexmundi.com*). De esta manera, es entendible que, junto con los esfuerzos para la integración que realizan los *lobbies* internacionales descritos en la primera sección de este capítulo, se lleven a cabo labores de contrainsurgencia encaminadas a desincentivar, a cooptar y, si fuera el caso, a aniquilar por la vía de la fuerza cualquier esfuerzo local que busque impedir la apropiación y el despojo de los recursos que se encuentran en la mira de la “integración” (López y Rivas, 2012). Estos mecanismos de contrainsurgencia, al parecer, se llevan a cabo tanto de manera institucional como cuando el Comando Norte de Estados Unidos entrena a las fuerzas armadas mexicanas para inculcarles la idea de un enemigo interno (Gómora, 2010), como en la contratación “discreta” de mercenarios internacionales para la realización de operativos encubiertos específicos por si la delincuencia organizada mexicana se uniera con “bandas terroristas globales” (Cervantes, 2011).

Los procesos de integración comercial y militar, como el TPP descrito en la sección anterior, no podrían llevarse a cabo sin convenios más específicos de intervención y “cooperación” como el Plan Colombia, el Plan Puebla-Panamá o la Iniciativa Mérida. Tanto las llamadas guerras contra las drogas y/o contra el terrorismo son, desde esta perspectiva, estrategias de inversión y militarización para el control territorial y poblacional. Lo que buscan estas estrategias es que quienes estén a cargo de las administraciones locales tengan un cierto margen de maniobra, pero siempre dentro de los límites de los procesos enmarcados por los sistemas coloniales de apropiación y despojo.

¿HACIA LAS SECESIONES DE LOS PAÍSES?

Este escenario no parece ser muy factible; sin embargo, aun con su baja probabilidad, es menester reconocer que los procesos capitalistas y coloniales descritos podrían no seguir, necesariamente, una ruta de mayor integración administrativa.

Ya en otros continentes, como Europa, Asia y África, ha sido posible ver un incremento en las tensiones que promueven grupos nacionalistas que

han llevado a movimientos secesionistas de distinto calibre. En Europa no sólo el Reino Unido estudia separarse de la Unión Europea, sino que otras naciones sufren distintos males que podrían llevar a una redefinición de las fronteras en este siglo, como Escocia, Euskadi, Cataluña, Bélgica y Ucrania, por mencionar algunos de los más visibles.

Por un lado, los discursos de la integración regional y de las resistencias nacionalistas en los tres países de Norteamérica parecieran a veces omitir ciertas informaciones que podrían estarnos indicando que el proceso de globalización y su consecuente integración regional tal vez haya entrado en una tendencia contraria desde los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, acentuados por la crisis europea, la crisis financiera de 2008 que podría ser definitiva, y los tambores de guerra que amenazan convertir los casos de Siria y Ucrania en una reacción en cadena mundial de proporciones pavorosas. Por otra parte, las resistencias locales amenazan de manera cada vez más seria a los frágiles sistemas de legitimación electoral en varios países, incluidos México, Estados Unidos y Canadá.

En México, fuera éste su objetivo o no, las políticas económicas y militares de los últimos años han llevado a que los habitantes de muchas zonas de nuestro país consideren que hay poderes paralelos disputando sus territorios. En algunos casos se habla de trifulcas por el control de las “plazas”, en otros se han organizado policías comunitarias. En las ciudades es común ver policías privadas cada vez más reforzadas cuidando las colonias clasemedieras y de clase alta, en donde se requiere de identificarse y mostrar un salvoconducto para entrar, e incluso se ha discutido en foros académicos si el concepto de Estado fallido podría aplicarse a ciertos territorios. Además, la semilla de algunos movimientos separatistas en diversos estados del norte, como Baja California y Chihuahua, empiezan a hacerse visibles y de manera esporádica se hacen notar por medio de las redes sociales en Internet.

En Estados Unidos, los datos son confusos y las cifras varían mucho según la fuente, pero lo que sí es seguro es que en noviembre de 2012 varios cientos de miles de ciudadanos de prácticamente todo el país exigieron a sus estados separarse de la Unión Americana por muy distintas razones y de manera muy marginal, pero suficientemente significativa (Gray, 2012). El caso de Texas es paradigmático, pues sus impulsos separatistas parecen arreciar cíclicamente y cada vez con más fuerza (*Russia Today*, 2012). El fenómeno mediático y electoral que llevó a Donald Trump a la Presidencia de su país nos hace

pensar que estos discursos son el signo de un contexto social en ruta de colisión en Estados Unidos.

La fractura social que parece estarse abriendo en ese país es preocupante, no sólo en términos de segregación y racismo (que parecen residir en la médula de extensos sectores estadounidenses), sino incluso en los distanciamientos culturales que se van abriendo en regiones enteras. La violencia racista (que en Los Ángeles, Ferguson y Baltimore ha tenido sólo antecedentes), y las persecuciones xenofóbicas que podrían detonarse en los próximos años con la visibilidad y la relevancia que los discursos de odio que Trump encarna y reproduce quizás lleguen a tener una gran explosividad en las próximas décadas.

Mientras, en Canadá las aspiraciones independentistas de Quebec tienden a atenuarse momentáneamente, pero un conservadurismo con tufo fascistoide parece estar instalándose en ese país (Flanagan, 2007). A pesar del triunfo electoral en 2015 de las fuerzas liberales canadienses, en un futuro podríamos presenciar el tamaño de la fractura social de la polarización política y la desconfianza promovidas por Stephen Harper y los conservadores.

Además, en las tres naciones existe un amplio espectro de movimientos sociales en resistencia contra los procesos capitalistas y colonialistas arriba mencionados, de manera aislada, pero cada vez con mayor contundencia. La llamada sociedad civil, en los tres casos, ha demostrado tener la capacidad de convocatoria y organizativa para impulsar sus agendas de una manera cada vez más notoria.

A pesar de que podemos observar segmentos minoritarios altamente politizados, movilizados y cada vez más beligerantes, en general la sociedad mexicana parece aletargada e indiferente a la profundización de los procesos capitalistas y colonialistas. También es notorio que tanto el gobierno supranacional de la región, como los gobiernos federales y locales de todo el país, estuvieran preparándose para enfrentar un estallido social a gran escala. Así, se equiparan estrategias de contrainsurgencia con políticas contra el crimen organizado; se acostumbra a la población a la presencia de los militares en los espacios públicos, y sus constantes violaciones a los derechos humanos y a la libertad de expresión son justificadas por los discursos de seguridad, y además de que todas las reformas promovidas entre 2012 y 2014 han legalizado la criminalización y la represión de la protesta social.

En Estados Unidos, los movimientos sociales tienen expresiones que van desde la organización de los migrantes criminalizados y perseguidos; las

insurrecciones que muestran que la olla de presión de la segregación racial podría estallar en cualquier momento (como en Ferguson, Missouri); las movilizaciones magisteriales que se oponen a las políticas mundiales de privatización y mercantilización de la educación, hasta los movimientos ambientalistas que buscan dismantelar la maquinaria capitalista y colonialista desde su raíz.

Cabe señalar, para terminar esta sección, que ni las tendencias de posible fragmentación administrativa ni los movimientos sociales en resistencia parecen tener (por ahora) la capacidad de revertir los procesos capitalistas y colonialistas antes descritos. Para ello, tendrían que refundarse los respectivos Estados de manera multidimensional, multicultural y compleja siguiendo, tal vez, algunas de las experiencias que llegan desde otras latitudes de Latinoamérica, pero también aprendiendo de sus errores, pues varios de los excesos cometidos en el cono sur han demostrado que ninguna sociedad otorga cheques en blanco a sus administradores públicos (De Sousa, 2007).

El poder de los medios como factor clave para la agenda regional

¿Por qué resulta particularmente perturbador el escenario de una posible fragmentación de alguno de los países de la región y por qué podría parecer algo descabellado e improbable para una persona promedio y medianamente enterada de lo que pasa en el mundo y en su país?

Pongamos una hipótesis más allá de que las fronteras son para las personas, y que la abolición de las mismas es sólo para ciertas mercancías y para ciertos sectores de las sociedades. Supongamos que la razón por la cual la idea de la integración regional nos parece tan inevitable y hasta decretada sin alternativa sea también porque no hay narrativas mediáticas imperantes que nos ayuden a ir asociando esa idea, sino que forma parte del universo de cosas que quedan en el terreno de lo no informable.

El poder de los medios parece radicar en parte en esa capacidad que tienen esos dispositivos, actores y artefactos de decirnos lo que es posible y lo que no. A Slavoj Žižek le llama mucho la atención que sea más fácil expresar y considerar narrativas e imágenes sobre el final de la vida en el planeta con la llegada de un meteorito o una nave pletórica de seres hostiles, que imaginar una transformación mucha más modesta y más factible, como lo es un

cambio en el modo de producción. Veamos ese aspecto de la sociocibernética crítica que busca desnaturalizar el funcionamiento de este sistema por la vía de exhibir y entender el poder. Empecemos por una definición, para ir la desarrollando:

El poder es la capacidad relacional que permite a un actor social influir de manera asimétrica en las decisiones de otros actores sociales de modo que se favorezcan la voluntad, los intereses y los valores del actor que tiene el poder. El poder se ejerce mediante la coacción (o la posibilidad de ejercerla) y/o mediante la construcción de significado partiendo de los discursos a través de los cuáles los actores sociales guían sus acciones [...]. Las relaciones de poder están enmarcadas por la dominación, que es el poder que reside en las instituciones de la sociedad [...]. La capacidad relacional del poder está condicionada, pero no determinada, por la capacidad estructural de dominación (Castells, 2012: 33).

Este fragmento nos permite continuar con el concepto desarrollado por Foucault (1999), quien argumentó que el poder es una fuerza relacional. Para estudiarlo y poder desenmarañarlo hay que seguir la pista de sus mecanismos, dinámicas y dispositivos. El poder, para Foucault, sólo puede entenderse si se le ve como un conjunto de discursos históricos que legitiman ciertos saberes, ciertas propiedades, ciertas legalidades, y al legitimarse esto se propicia la reproducción de despojos y sometimientos.

También el concepto de Castells nos permite reconocer la influencia de Bourdieu (1991), quien reconoce que hay un cierto capital simbólico que estructura el poder y que, al irlo estructurando, los instrumentos de dominación estructurantes son susceptibles de ser estudiados y desmantelados por su misma condición de estar estructurados. Así, tenemos una base doble para el poder: por un lado es una fuerza relacional que establece posiciones entre dos actores que interactúan y, por el otro, para que esta interacción funcione como un instrumento o dispositivo del poder tiene que haber una estructura de dominación que esté basada en la apropiación y la exhibición de ciertos elementos simbólicos y materiales que permiten a los actores evaluar su propia condición y así someterse, negociar u ofrecer una conducta beligerante en una situación en la cual se den las interacciones, sin que éstas se hallen libres de paradojas y patologías.

Ahora bien, ¿en qué dirección va el poder? Éste se justifica por una estrategia de dominación que busca legitimarse a través de ciertas prácticas.

Michael Mann (1986), en lugar de explorar las características de esa fuerza relacional, hizo énfasis en un poder teleológico, es decir, en la capacidad y el alcance de ciertos actores para poder hacerse de instrumentos con los cuales se logren los objetivos que se proponen. Así, Mann propuso una matriz para explicar cuatro dimensiones del poder, según su grado de concentración y alcance: extensivo, intensivo, autoritario y difuso. En las dos primeras, el poder depende de la cantidad de gente que hay que involucrar; cuanto más extensivo, más gente, pero menos compromiso por parte de los involucrados; mientras que en el intensivo se requiere de unos pocos, pero bien comprometidos y organizados. El poder autoritario es centralizado e institucionalizado, mientras que el difuso es descentralizado, colectivo y espontáneo (aunque no por ello menos estratégico). Joseph Nye Jr. (2011) ha intentado estudiar de una manera más tangible esa capacidad de influencia o coerción que pueden ejercer los actores que detentan un poder.

Así, tenemos por un lado autores que han trabajado el poder como una fuerza relacional, en el que las instituciones y sus símbolos juegan un papel importante pero no decisivo; y tenemos, por otro, a quienes han visto en el poder un conjunto de estrategias que sólo se explican en función de sus objetivos. Aquí cabe añadir una característica que ve Luhman en el poder. De acuerdo con Korstanje (2010), para Luhmann el poder es el instrumento de la comunicación que permite hacer inteligibles las opciones comunicativas entre *alter* y *ego*. Además, Luhmann (1995) ofrece una veta inusualmente intersubjetiva, en donde el poder no sólo es relacional sino interrelacional, es decir, exige una evaluación por parte de los actores involucrados, quienes echan a andar una constelación de símbolos e instrumentos para definir su lugar en la relación de poder; como un *alter* (quien ostenta más poder), o como *ego* (quien ostenta menos poder). Esta evaluación intersubjetiva se daría en cada interacción.

A Judith Butler le llamó particularmente la atención esta interrelación psíquica, pues esta evaluación no parece ser tan consciente, estructurada y estratégica como la plantearía un hombre blanco alemán sino que, vista desde el sujeto que es sometido, la aparente contradicción que se da en esa evaluación intersubjetiva, y trayendo de vuelta a Foucault, es que “aunque se trata de un poder que es ejercido sobre el sujeto, el sometimiento es al mismo tiempo un poder asumido por el sujeto, y esa asunción constituye el instrumento de su devenir” (Butler, 2001: 22). Lo anterior lleva a Butler a preguntarse

por la forma en que las normas sociales son interiorizadas, de tal manera que el sometimiento incluye e instituye el deseo de ser sometido; de esta manera, siguiendo a Hegel, Nietzsche y Freud, es posible reconocer que el sujeto se coarta a sí mismo en aras de ganar su identidad.

Este argumento nos está permitiendo desarrollar para otra ocasión una explicación sobre la reproducción del poder en la interrelación que se da desde una perspectiva de las audiencias. Aunque, para poder cerrar esta sección, es clave subrayar que con este argumento, Butler nos ofrece la posibilidad de entender cómo los actores del sistema de medios masivos de comunicación se interrelacionan entre sí, así como con los dispositivos del sistema y con los distintos elementos de su entorno.

Trasladando todo lo anterior a América del Norte, tenemos interrelaciones de poder no sólo entre los gobiernos de los tres países en cuestión, sino entre todas sus fuerzas políticas, económicas, culturales, energéticas, de telecomunicaciones, mediáticas, etc. Así, las interrelaciones entre sus sociedades son tan elaboradas que vale la pena ordenarlas como sistemas interactuantes para poder ir mucho más allá de los elementos diplomáticos o de relaciones internacionales tradicionales. A la vez, cada relación comunicativa echa a andar mecanismos de interacción en donde actores y dispositivos buscan expandir su propio poder, y en donde los más poderosos, claro, pueden echar mano de más recursos con los cuales ir concentrando aún más su capacidad de influencia, con miras al mantenimiento y la expansión de un dominio territorial y poblacional que les permita ampliar su capacidad de influencia y sometimiento.

La interacción internacional de estos sistemas está creando un megasistema regional que incluye no sólo a los tres países sino a los múltiples actores que todavía consideramos como adscritos a tal o cual país, pero cuyas acciones y contenidos van mucho más allá de sus marcos fronterizos y legales locales. Así, aunque el tamaño de los recursos disponibles a los que los dispositivos, actores y artefactos mediáticos tienen acceso es muy desigual; los símbolos a los que puedan recurrir, y logren producir y reproducir son muy diversos y con distintos alcances; y las interdefiniciones entre los elementos del sistema entre sí y con el entorno tienen variables infinitas; aun así, en este trabajo hemos propuesto un mapa distinto que ofrezca una representación del sistema, algunas interacciones entre sus elementos y con su entorno, y sus campos programáticos.

Es importante subrayar cómo lo que realmente ocurra en esta región tendrá una expresión mediática que hace que ciertos escenarios nos parezcan más “lógicos” y otros más “impredecibles”. La “sorpresa” de que Donald Trump ganara la Presidencia puede ser un claro ejemplo de ello. Los manejos mediáticos que se puedan dar a las renegociaciones de los tratados comerciales podrían distorsionar el conocimiento que las sociedades de los tres países de la región creen tener al respecto. Los datos alternativos y las noticias falsas jugarán un papel clave en el sentido de cómo se construye lo que acontece y lo que no, lo que entretiene, lo que vende y lo que conecta; todo para ir construyendo no sólo una América del Norte territorialmente existente sino también para ir inventando mediáticamente. El poder “suave” del sistema mediático podría, pues, cooperar con los discursos de poder duro que Donald Trump ha elegido para conseguir sus objetivos de mantener y expandir la supremacía de Estados Unidos en la región y en el planeta.

Los campos programáticos y la recreación mediática de América del Norte

Una de las consecuencias epistemológicas de la sociocibernética es que algunos elementos que suelen agruparse en otros conjuntos de categorías quedan organizados de una manera distinta a la tradicional, lo cual permite un cambio de perspectiva. Las cosas cambian cuando las vemos desde otro lado, si ampliamos el foco o si nos acercamos para ver con más detenimiento. Uno de los cambios de perspectiva que se da con nuestra propuesta es el aparente distanciamiento entre el sistema político y el mediático. Como ya se ha señalado en el segundo capítulo, el análisis político suele poner esta actividad en el centro y subordinar las actividades mediáticas a las políticas. Lo que hemos hecho en este libro es equiparar el sistema político con el mediático para poder estudiarlo sin partir de supuestos subordinados o conspiracionistas.

En el arte de la política siempre se ha mentido, claro, pero a últimas fechas surgen temas y discusiones en torno a la llamada “posverdad” y los hechos alternativos. Cada vez más políticos recurren a sus propias versiones de los hechos, como si al hacerlo la realidad se distorsionara de alguna manera. La realidad es que para la política la negociación es clave, por lo que para ganar

una posición torcer la verdad, hacer creer una falsedad o de plano mentir y engañar son considerados gajes del oficio. Lo que se ha escrito en este capítulo es un ejercicio de anticipación que no tendría por qué escandalizar; o es correcto o no lo es. El tiempo lo dirá; el primer borrador de este texto fue escrito entre 2014 y 2015; aun así, cada año que pasa me parece que es menos escandaloso. Identificar mentiras que provienen de una fuente que parece creíble requiere un poco más de trabajo intelectual. Lo mínimo básico que algunos académicos intentamos enseñar en algunas universidades es que hay que revisar las supuestas evidencias, recordar que correlación no es causalidad, identificar trucos pseudoargumentativos que buscan crear falsas asociaciones o que se basan en supuestos falsos o premisas erróneas. Buscamos alertar que los humanos solemos preferir información que confirma nuestras creencias; que casi nunca es fácil cuestionar algo que refuerza lo que ya de por sí pensábamos, y que hay que mantenerse alertas de los posibles móviles o intereses que mueven la transmisión de un mensaje.

Ahora bien, ¿qué pasa cuando nos gusta que nos mientan con palabras dulces para nuestras creencias, o cuando nos emociona la primicia de lo que nos parece un evento espectacular, o un chisme digno de ser amplificado al máximo lo antes posible? Mentir y que te crean: tal parece ser una consigna política ancestral, pero que ha adquirido una particular relevancia mediática en la actualidad. Pareciera que por propio gusto cada uno de nosotros va saturando su propia vida y las de los demás con la presencia cada vez más omnipresente e invasora de los medios de comunicación masiva, y que sentimos que debemos amplificar ciertos eventos —algunos con motivación política—, hacer una denuncia o contraponerse a algo; otros, en aras de entretener o publicitar cosas para vender una idea, un producto o un servicio. En cada cosa que publicamos por medio de las redes sociales, nos conste o no, buscamos mostrar nuestra membresía a alguna identidad cultural e ideológica y que estamos conectados a través de las más variadas expresiones artísticas. Hacemos público el entorno en el que vivimos y hacemos partícipes de nuestras vivencias y de nuestras preocupaciones a quienes están conectados con nosotros en nuestra red social.

Así es como el análisis que se hizo en las páginas anteriores podría ser un ejercicio de anticipación sobre el futuro de la región. Aunque no sólo esta región está en riesgo; también otras como la Unión Europea pasan por momentos de incertidumbre que ahora no es tan sencillo negar; apenas hace

dos años, los analistas en los medios habían convencido a buena parte de los académicos y estudiosos de que el Brexit no pasaría y que Donald Trump no ganaría ni las primarias del Partido Republicano. Cuando esos acontecimientos ocurrieron se dijo que fue una gran sorpresa, como si eso atenuara el fallido ejercicio de anticipación que se hizo desde los medios durante 2016.